

Los sarcófagos y los mausoleos preincas en Chachapoyas

Pre-inca Sarcophagi and Mausoleums in Chachapoyas

Ángela Brachetti-Tschohl

Doctora en Antropología

Resumen: La arquitectura funeraria de los chachapoyas de época preinca se caracteriza por la presencia de dos formas de enterramiento: el mausoleo o tumba colectiva, y el sarcófago, sepulcro unipersonal de aspecto humano. Todos los sitios funerarios, tanto de mausoleos como de sarcófagos, tienen en común el encontrarse en lugares aislados y en lo alto de las montañas, en precipicios, grutas o galerías, siendo la mayoría inaccesibles.

Palabras clave: mundo andino amazónico, creencias funerarias preincas, arquitectura funeraria, etnohistoria.

Abstract: The funeral architecture of the Chachapoyas, in pre-Inca times, shows two forms of burial: the mausoleum –a collective tomb– and the sarcophagus, an individual sepulture with human shape. All the burial grounds of the mausoleums and sarcophagi have something in common: they are found in isolated places at the top of the cliffs of the mountains, most of them unreachable, in caves or underground passages.

Keywords: Andean world in Amazonia, the pre-Inca funerary beliefs, funeral architecture, Ethno-history.

I. La zona de Chachapoyas

La región de Chachapoyas se encuentra en los Andes Amazónicos del Perú y fue conquistada, en 1475, por el inca Tupac Yupanqui, quien combatió contra la fiera resistencia de los chachapoyas. Tupac Yupanqui quemó varias aldeas en su recorrido hacia el norte y redujo otras muchas pequeñas a lo largo del camino. Más tarde, el siguiente gobernante, el inca Huayna Capac, desterró a más pueblos de la región de Chachapoyas.

Muchos de los cronistas españoles como Cieza de León (1554), Sarmiento de Gamboa (1572), Acosta (1590) o Garcilaso de la Vega (1609) mencionan la provincia de Chachapoyas en la época de la conquista española, con breves descripciones. Los cronistas caracterizaban a los nativos del nororiente del Perú como pertenecientes a un grupo étnico, los chachapoyas, conocidos por sus hermosas mujeres de tez blanca y por su resistencia a los incas, quienes en

ese tiempo habían ocupado la región por poco más de medio siglo. Las fuentes etnohistóricas revelan que existieron varios grupos étnicos en la provincia. Así Cieza de León nos cuenta:

«Antes de llegar a esta prouincia de Caxamalca, sale vn camino que también fue mandado hazer por los Reyes Ingas: por el cual se yua a las prouincias de los Chachapoyas. [...] Tengo entendido y sabido por muy cierto, que antes que los españoles ganasen ni entrasen en este reyno del Perú, los Ingas señores naturales que fueron del tuuieron grandes guerras y conquistas, Y los indios Chachapoyanos fueron por ellos conquistados: aunque primero por defender su libertad y biuir con tranquilidad y sossiego pelearon de tal manera, que se dize poder tanto que el Inga huyó feamente. Mas como la potencia de los Ingas fuesse tanta, y los Chachapoyas tuuiesen pocos faouores, ouieron de quedar por siervos del que quería ser de todos monarca. [...]

Son estos Indios naturales de los Chachapoyas los más blancos y agraciados de todos quantos yo he visto en las / Indias que he andado: y sus mujeres fueron tan hermosas, que por solo su gentileza muchas de ellas merecieron serlo de los Ingas, y ser llevadas a los templos del sol. [...]

Después que fueron sujetados por los Ingas, tomaron dellos leyes y costumbres con que biuían y adorauan al sol, y a otros dioses, como los demás: y allí deuían hablar con el demonio, y enterrar sus difuntos como ellos, y les imitauan en otras costumbres» (Parte I, 1995: 229).

En Sarmiento de Gamboa podemos también leer que, «Después que Huayan Capac hubo dado orden en las cosas dichas, supo que cerca de los Chachapoyas había ciertas tierras que podría conquistar y de camino allanar los Chachapoyas, que se habían rebelado. Y [...] juntó gente de guerra en grande número. [...] Llegó a los Chachapoyas y las otras naciones sus comarcanas, las cuales se le pusieron en defensa con las armas en la mano. Mas en fin los venció, haciendo en ellos grandes crueldades, y tornó al Cuzco, adonde triunfó de la victoria que había habido de los Chachapoyas y demás tierras» (2001: 140).

Por su parte Garcilaso de la Vega nos comenta que «... hallándose el Inca en la provincia de Cañaris, que pensaba ir a Quito, para de allí bajar a la conquista de la costa, le trujeron nuevas que la gran provincia de los Chachapuyas, viéndole ocupado en guerras y conquistas de tanta importancia, se había rebelado, confiada en la aspereza de su sitio y en la mucha y muy belicosa gente que tenía; y que debajo de amistad habían muerto los gobernadores y capitanes del Inca, y que de los soldados habían muerto muchos y preso otros muchos, con intención de servirse dellos como de esclavos. De lo cual recibió Huayna Capac grandísimo pesar y enojo, y mandó que la gente de guerra que por muchas partes caminaban a la costa revolviese hacia la provincia Chachapuya, donde pensaba hacer un rigurosos castigo; y él se fue al paraje donde se habían de juntar los soldados. Entre tanto que la gente se recogía, envió el Inca mensajeros a los Chachapuyas que les requiriesen con el perdón si se reducían a su servicio. Los cuales, en lugar de dar buena respuesta, maltrataron a los mensajeros con palabras desacatadas y los amenazaron de muerte...» (1973, T. 3, Libro Nono, C. VII).

En época de la conquista la región fue sometida en 1535 por el capitán Alonso de Alvarado, y Cieza de León nos informa que «en los pueblos desta prouincia de los Chachapoyas entró el mariscal Alonso de Aluarado, siendo capitán del marqués don Francisco Piçarro. El cual después que vuo conquistado la prouincia, y puesto los Indios naturales debaxo del seruicio de su magestad, pobló y fundó la ciudad de la frontera en vn sitio llamado Leuanto lugar fuerte [15-09-1538]...» (Parte I, 1995: 230).

Según los estudios arqueológicos de Langlois, se sabe «que el grupo étnico de los chachas jamás estuvo unificado. Descubrió que cada pueblo tuvo su “jefe militar, civil o religioso” aparte. La estructura urbana le demostró que por allí nunca hubieron reinos ni imperios» (1939: 7, en:

Revista Histórica, 1967, T. XXX, p. 234). Y Espinoza Soriano, que descubrió documentos inéditos del siglo XVI en la región de Chachapoyas, nos confirma a través de ellos que «en Chachapoyas no surgió ningún caudillo que lograra conquistar y unificar a sus ayllus para formar un Curacazgo, ni un Reino, ni un Principado. Nadie fue capaz de subyugarlos y ponerlos bajo el mando de un rey supremo... Entre los chacha cada ayllu y pueblo –o grupo de ayllus y de pueblos– vivió en forma independiente de los demás. [...]». Es conveniente que transcribamos aquí la cita documental más antigua a este respecto:

«Y que así mismo oyeron decir que antes que fuesen conquistados los dichos indios y ayllus susonombados y sus comarcas por el dicho Topa Inga Yupanguí, estaban los dichos ayllus e indios en diferentes pueblos y parcialidades; y en cada una de ellas había un señor sin ser sujeto a otro, hasta que siendo conquistados por el dicho Topa Inga Yupanguí les dio por señor e cacique principal de todos los dichos ayllus e comarcas al dicho Apo Chuillaxa, que fue desde Llama hasta Pausamarca» (Vizcarra, 1574, § 3, en: Espinoza Soriano, 1967: 234).

Y Espinoza Soriano sigue informándonos que «Las poblaciones estuvieron apartadas unas de otras; pero si edificadas en cerros, en cuyas faldas y valles labraban sus sementeras» (*ibíd.*). «Los chachas edificaron sus “ciudades” en las laderas y cumbres de los cerros con fines estrictamente defensivos» (*ibíd.*: 235).

II. Los chachapoyas

Según el arqueólogo peruano Kauffmann Doig, la cultura chachapoyas tuvo sus inicios aproximadamente en el siglo VIII de nuestra era, y menciona que debió alcanzar su florecimiento a partir del año 1000 después de Cristo prolongándose hasta la llegada de los españoles al Perú. Parece ser que estaban integrados por diversos grupos étnicos afines, así como también por distintas modalidades lingüísticas emparentadas probablemente entre sí pero diferentes al quechua. Por otra parte, los arqueólogos Henry y Paule Reichlen (Reichlen y Reichlen, 1950) propusieron dividir el proceso arqueológico de la cultura chachapoyas en tres periodos: cuélap, chipuric y revash.

III. Los sarcófagos y mausoleos preincas

En el norte de Chachapoyas se encuentra la mayoría de los sarcófagos, como, por ejemplo, Carajía, Ayachaqui, Léngate y el Pueblo de los Muertos, mientras que en el sur se encuentran en su mayoría los mausoleos (fig. 1). Y lo que tienen todos estos sitios funerarios en común es su situación. Se encuentran en lugares aislados y en lo alto de los precipicios de las



Figura 1. El mapa de la región de Chachapoyas con los lugares arqueológicos. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.

montañas, la mayoría inaccesibles, en grutas o galerías. La mayor parte de las grutas y galerías fueron realizadas especialmente para la construcción de estos lugares funerarios.

Carajía

Constituye uno de los sitios de sarcófagos preincas, que están emplazados en una cueva excavada en lo alto de un precipicio de varios cientos de metros, que se encuentra ubicado en un pequeño valle de altas y escarpadas paredes, en la cuenca del Marañón, departamento de Amazonas. Estos sarcófagos (fig. 2) fueron encontrados en agosto de 1985 sin signos de haber sido profanados jamás, precisamente por hallarse en un sitio casi inaccesible a una altura de 2702 metros. Los sarcófagos llegan a medir hasta 2,40 metros de altura y fueron realizados mediante la elaboración de gruesas paredes de arcilla mezcladas con paja brava, que se conservan gracias a un armazón de madera, juncos y piedras.

Hasta hoy en día se han conservado seis tumbas individuales, colocadas en fila y pegadas por sus costados unas junto a otras. «Está constituido por una cápsula de arcilla que alberga una momia, en cuclillas, envuelta en telas y sentada [...] sobre un cuero de animal. Diversos objetos tales como recipientes de cerámica y utensilios empleados en el arte textil aparecen alrededor del difunto momificado, en calidad de ofrendas, acaso seleccionadas entre las prendas de las que dispuso en vida. Las “cápsulas” no abundan en ofrendas» (Kauffmann Doig 2003: 208). Así, cada sarcófago alojaba a una persona y la datación obtenida por radiocarbono, tras el análisis de un trozo de madera de uno de los sarcófagos derruidos, permite remontar los sarcófagos de Carajía al año 1460 d. C. (véase, Kauffmann Doig, 2003: 217).

El aspecto humano de estos viene dado por la gran cabeza escultórica que corona el tronco del sarcófago y que presenta una cara achatada. El cuerpo y la cabeza blanqueados de estas estatuas están pintados en diversos tonos de rojo, encontrándose también huellas de color amarillo. Quizás estas decoraciones pintadas en el cuerpo puedan representar el vestido de los sacerdotes (fig. 3).



Figura 2. Estos sarcófagos fueron encontrados en agosto 1985. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 3. Quizás estas decoraciones pintadas en el cuerpo puedan representar un vestido de sacerdote. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.

Hasta el año 1928 se encontraron en este sitio un total de ocho sarcófagos, pero un terremoto, que tuvo lugar en este mismo año, estropeó dos de ellos quedando como testimonio de esta pérdida los huecos que aparecen al lado derecho. No obstante, podemos apreciar que la gruta estaba perfectamente tapada por ellos, o lo que es lo mismo, que estos sarcófagos gigantes fueron adaptados perfectamente al espacio.

Se trata de sarcófagos para personalidades muy importantes, conocidos también como *purun machu*, hombre anciano, denominación dada por los lugareños que utilizan este nombre para calificar a los difuntos del pasado prehispánico. «Este término [...] es aplicado de modo genérico para sindicar tanto los restos de los difuntos ancestrales como sus moradas y pertenencias» (Kauffmann Doig, 2003: 208). Las calaveras con trepanación, que se encuentran por encima de las cabezas, pueden ser trofeos u ofrendas pero su significado se ignora hasta hoy. Según Kauffmann Doig, estos cráneos «originalmente eran cabezas momificadas que, con el correr del tiempo, perdieron este carácter...» (*ibíd.*: 210). Además está

convencido de que todos los sarcófagos iban coronados por una cabeza momificada, «pero éstas se desplomaron con el picotear de las aves» (*ibíd.*: 221). De cualquier forma, estos seis sarcófagos con su mirada peculiar y fija orientada hacia el este, representan hombres, líderes, importantes guerreros o sacerdotes, y a través del tiempo ya se han convertido en guardianes de la eternidad.

Se supone que los antiguos habitantes de esta región, después de emplazar los sarcófagos en lo alto de las peñas, destruyeron los estrechos senderos y las cuerdas que facilitaban su acceso, para que jamás persona alguna pudiera perturbarlos en su descanso eterno. Y según los lugareños, en tiempos remotos esta montaña fue un gran cementerio, ya que anteriormente había también mausoleos que con el paso del tiempo desaparecieron. Pero ¿qué fueron primero, los sarcófagos o los mausoleos? Esta pregunta queda hasta hoy sin respuesta, «aunque los arqueólogos Reichlen (1950) estimaban que el patrón sarcófago era de data anterior al mausoleo» (Kauffmann Doig, 2003: 216).

Ayachaqui

En Lamud Loya se encuentra el lugar denominado Ayachaqui [«aya» = muerto, el muerto (Tschudi, 1853, T. II: 72); «chaki» = seco (*ibíd.*: 215)], a una altura de 2350 metros, que es un complejo de mausoleos y sarcófagos. Los mausoleos se encuentran pegados a la roca por encima de un abismo y tienen puerta y ventanas de forma rectangular, aunque se conservan solamente las paredes (fig. 4).

Muy cerca de los mausoleos se encuentra un grupo de sarcófagos en fila, de tamaño mucho más pequeño que los de Carajía, ya que son miniaturas de los grandes sarcófagos. Tie-

nen una altura entre 60 cm y 1,20 m y están colocados dentro de una gruta artificial sobre una plataforma también artificial en lo alto de un abismo. Algunas de las cabezas aparecen puestas en la cima de la figura cónica, otras salen del mismo recipiente y otras se encuentran a la altura del pecho o del vientre. Algunos llevan un tipo de gorro, mientras que otros tienen pintura roja o una decoración de líneas rojas. Cada cabeza se diferencia de la otra tanto en su forma como en el gesto de la cara, es decir, cada uno tiene una cabeza individual. La mirada de los sarcófagos está orientada hacia el oeste (fig. 5). En el suelo se encuentran huesos humanos dispersos y algunos sarcófagos rotos, aunque se nota que fueron hechos de un material muy compacto (fig. 6). En la roca se encuentran también sarcófagos sueltos, por encima del abismo, son de color rojo y la cabeza se encuentra en la cima de la figura cónica (figs. 7 y 8).

En el camino entre Ayachaqui y Léngate, en la zona de San Antonio Ayachaqui, llamado también Huanshe, se encuentra una montaña con una fila de mausoleos y sarcófagos en la roca, a una altura alrededor de 2350 metros, también en un lugar inaccesible. Su mirada está orientada hacia el este (fig. 9).

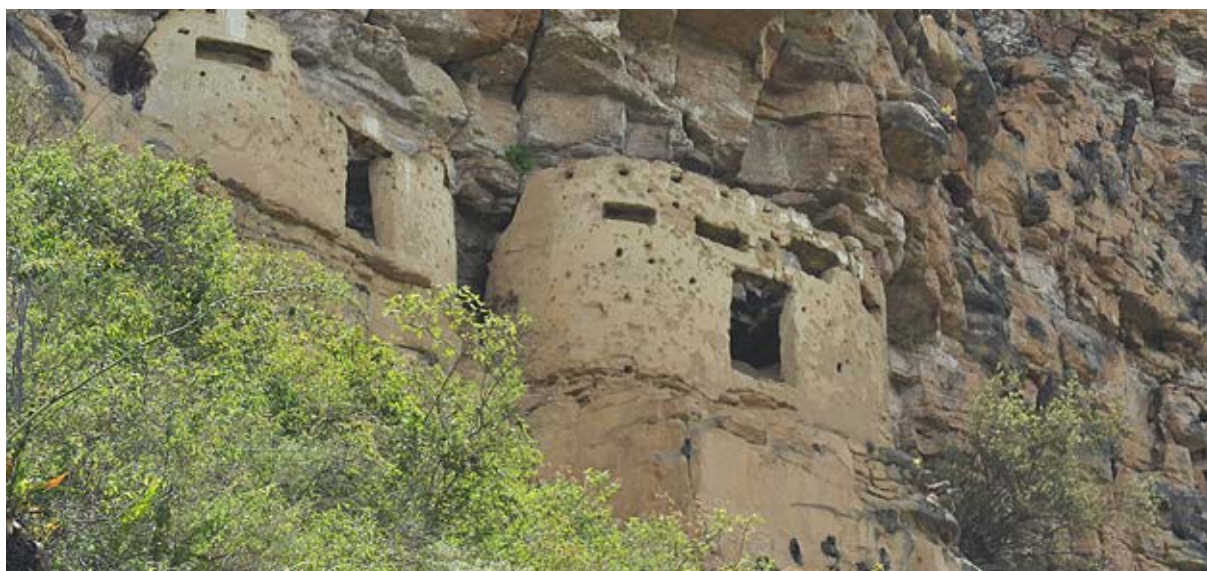


Figura 4. De los mausoleos de Ayachaqui se conservan solamente las paredes. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 5. La mirada de los sarcófagos de Ayachaqui está orientada hacia el oeste. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.

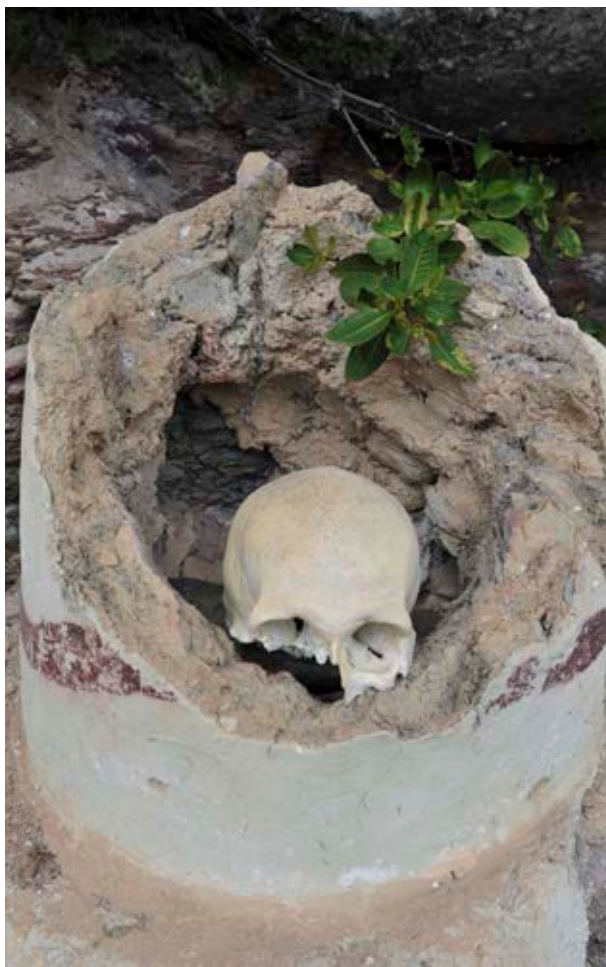


Figura 6. Se nota que fueron hechos de un material muy compacto. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figuras 7 y 8. Son de color rojo y la cabeza se encuentra colocada en la cima de la figura. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 9. Su mirada está orientada hacia el este. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.

Léngate

También llamado *Pucatambo*, de la lengua quechua que significa «lugar colorado» [«Puca» = colorado, bermejo (Tschudi, 1853, T. II: 443); «tampu» = venta, lugar (*ibid.*: 493)], es un lugar aislado, no habitado, inaccesible, que tiene una altura de 2500 metros. En la roca se encuentra un grupo de nueve sarcófagos, dos de ellos destruidos y a los que les falta la cabeza. Siete de ellos están pegados a la misma la roca, seis por el dorso y el séptimo, el último a la derecha, por la parte baja de su cuerpo (fig. 10), y las cabezas de los seis se encuentran a la altura del pecho. Parece que la abertura realizada para poner el cadáver fue cerrada con las cabezas. Los otros llevan sus cabezas por encima del recipiente y la abertura para poner los restos humanos no está visible (fig. 11). Por encima de cuerpos y cabezas hay pintura roja. Cada cabeza, cada cara, es única, con su nariz prominente, sus ojos y bocas marcadas. Cada cabeza lleva un gorro que termina en punta y las caras miran hacia la salida del sol.

En el suelo se encuentran algunos sarcófagos rotos. Uno lleva una decoración de color rojo más elaborada que los otros y gracias a su rotura se ve la composición del material utilizado, piedras y barro mezclado con tela (fig. 12). La abertura para poner los restos humanos se encuentra por delante, y quizás este agujero fue tapado con la cabeza. Detrás del sarcófago vemos pintura rupestre que parece una continuación de la pintura del sarcófago roto, o al revés (fig. 13). El color de la pintura rupestre es del mismo color que el que tiene el sarcófago mutilado y una de ellas parece representar una figura humana con una serpiente (fig. 14).

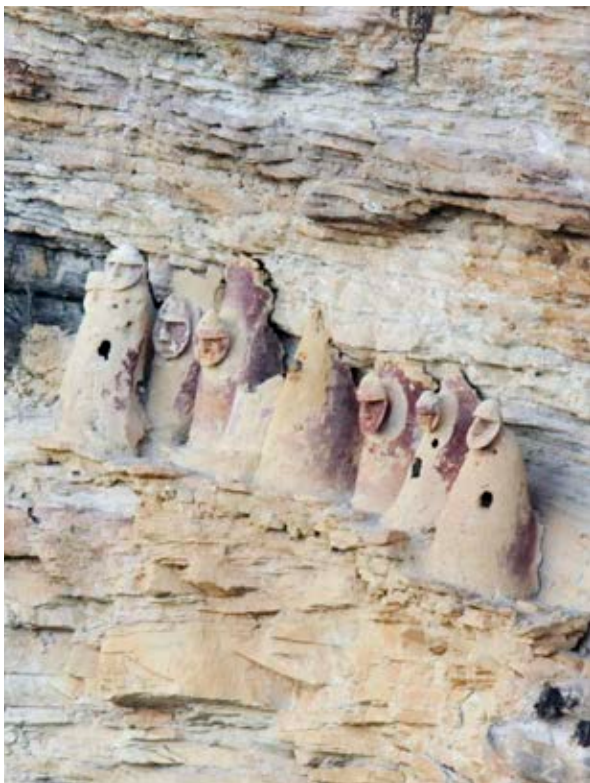


Figura 10. En la roca se encuentra un grupo de nueve sarcófagos, dos de ellos destruidos. Siete de ellos están unidos por la roca misma. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 11. La apertura para poner los restos humanos no está visible. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 12. Gracias a su rotura se ve la composición del material utilizado: piedras y barro mezclado con tela. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 13. Detrás del sarcófago vemos pintura rupestre. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 14. Una de las pinturas rupestres parece una figura humana con una serpiente. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.

El Pueblo de los Muertos

Se encuentra al noroeste de Chachapoyas, cerca de la villa de Lamud, a una altura de 2329 metros (fig. 15). Esta construcción forma también parte de la cultura chachapoyas y de quienes habitaron la región desde el año 1000, con su época de esplendor entre el 1000 y el 1300 o el 1400. Las ruinas del Pueblo de los Muertos, cercanas a Carajía, se encuentran construidas sobre un pequeño rebaje en una pared vertical, con una posición igual que en Carajía, un lugar escondido e inaccesible. Se trata de un sitio acantilado con estructuras semicirculares, adosadas a la roca madre (fig. 16). Los sarcófagos fueron reconstruidos en fila y se encuentran al borde del abismo, a veces por encima de terrazas artificiales. La mirada se dirige al este.

Los sarcófagos de Carajía estaban destinados a los grandes señores del poblado; sin embargo el Pueblo de los Muertos estaba dedicado a los propios habitantes. Son construcciones sencillas levantadas con muros de adobe y decoradas con motivos geométricos. En algunas zonas en las que se forman cavernas naturales se colocan pequeñas figuras de piedra. Y en lo alto de las rocas se pueden descubrir sarcófagos de tamaño más pequeño que los de Carajía, en pareja o sueltos, con la mirada hacia el sureste. Algunos se encuentran menos elaborados que otros y fueron encajados en el espacio natural de la roca y adaptados al color de ésta

(fig. 17). Unos llevan pintura y otros no, y como se puede constatar, los tonos de la pintura se asemejan al color de la roca. Algunas cabezas están bien elaboradas, llevan gorras y tienen narices prominentes con sus ventanas, marcando los ojos, la boca y las ventanas de la nariz mediante agujeros (fig. 18).

Las ruinas del Pueblo de los Muertos fueron descubiertas antes que Carajía por el arqueólogo Gene Savoy, a mediados de la década de los sesenta. Tras su descubrimiento, y a pesar de su inaccesibilidad, las tumbas habían sido violentamente saqueadas por ladrones locales.



Figura 15. El Pueblo de los Muertos se encuentra en el noroeste de Chachapoyas. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 16. Se trata de un sitio acantilado con estructuras semicirculares, adosadas a la roca madre. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 17. Sarcófagos de tamaño más pequeño que los de Carajía fueron encajados en el espacio natural de la roca y adaptados al color de la roca. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 18. Agujeros marcan los ojos, la boca y las ventanas de la nariz. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.

Los mausoleos de Revash

A 60 kilómetros al sur de Chachapoyas se encuentra este complejo funerario (fig. 19) en el distrito de Santo Tomás de la provincia de Luya. Revash es el nombre que se da a un grupo de mausoleos divididos en dos sectores. A una altura de 2800 m s.n.m., los mausoleos están situados en una gruta excavada en lo alto de las rocas calcáreas del Cerro Carbón. La mayor parte de este conjunto fue construido, en ambos sectores, en fila unos junto a otros y parecen ser más viviendas que mausoleos (fig. 20), pero por razón de su ubicación, en una región aislada, de difícil acceso y levantada al borde del precipicio, y por su contenido, se trata de últimas moradas. Su altura y forma varían, consistiendo en un piso o dos perfectamente adaptados al espacio al estar pegados a la pared de la roca de la gruta y haciendo ésta las veces del cuarto muro. El material con que están confeccionados es una mezcla de piedras y de barro arcilloso, y los techos son simbólicos debido a la roca que los protege. Solamente existen entradas laterales y, en algunos casos, entre un mausoleo y otro hay una pared común o medianera. La altura de las habitaciones es de un poco más de un metro, altura suficiente para la colocación de los cadáveres momificados en posición sentada (Reichlen, 1950: 228), y la fachada mira más hacia el sur, en vez de hacia el este.

Las casas tienen pintura roja y alrededor hay pintura rupestre también de color rojo, que obtienen de las semillas del fruto del achiote (*Bixa orellana*). En los diseños destacan los círculos concéntricos e imágenes de camélidos (fig. 21) y existen motivos en forma del emblema cruciforme en bajo relieve conocidos como la «cruz andina» –también llamada *chakana*–, de «T» y «rectángulos» (fig. 22), cuyo contenido simbólico es aún un enigma. Algunos científicos identifican los diseños que decoran los mausoleos y las rocas de los alrededores de los lugares funerarios: los círculos concéntricos como símbolos de la vida, por acompañar figuras de seres vivos,



Figura 19. A 60 kilómetros al sur de Chachapoyas se encuentra el complejo funerario de Revash. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 20. Este complejo funerario se asemeja más a viviendas que a mausoleos. Fotografía: © Ángela Brachetti.



Figura 21. Destacan los círculos concéntricos e imágenes de camélidos. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 22. Existen los motivos en forma del emblema cruziforme, conocido como la «cruz andina», —llamada *chakana*—, de «T» y «rectángulos». Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.

y las *chakanas* como símbolos asociados al poder y a lo bélico y por eso relacionados con la muerte. Respecto a la *chakana*, encontramos un dibujo de Guaman Poma de Ayala (Tomo I: 307) en el que podemos ver al inca Huayna Capac encima de unas andas decoradas con «cruces andinas» (fig. 23). El texto dice lo siguiente: «/ 333[335] / Andas del *Inga Pillco Ranpa* [andas de color rojo] / *Guayna Capac Ynga* ua a la conquista de los Cayanbis, Guanca, Bilca, Canari, Cicho, Chachapoya, Quito, Lataconga. / Lleuan los indios Andamarcas y Sora, Lucanas, Parinacochas a la guerra y batalla de priesa lo lleuan. / batalla del Ynga /» (1980, T. I: 306).



Figura 23. En Guaman Poma de Ayala, T. I, pág. 307, encontramos un dibujo donde vemos al inca Huayna Capac encima de unas andas decoradas con «cruces andinas».

ir a cuatro patas. Se trata de montes salvajes con un paisaje de una belleza muy singular y que fueron aprovechados de una forma muy particular por sus antiguos habitantes.

Allí encontramos dos sectores claramente definidos: en la parte inferior de la falda izquierda de la montaña se encuentran sarcófagos, y en frente y más arriba, en la falda derecha, se ubica el conjunto urbano consistente en tumbas y artefactos de uso ceremonial y doméstico fabricados con arcilla y piedra. Estos dos montes se encuentran separados por una invisible y profunda cascada que tiene su origen justo en este punto.

Tres sarcófagos están situados en el mismo nivel, dos juntos y uno separado (fig. 24), y los otros dos, a los que se refiere el arqueólogo Arturo Ruiz Estrada en la revista *Unay Runa* (2005), deben estar más lejos. Los cuerpos de estos sarcófagos son tumbas, estando destinado cada uno para un solo difunto. «Están fabricados de barro con un mordiente de paja utilizado para darle solidez. Reposan sobre plataformas de piedra construidas de cantos rocosos pequeños unidos con barro, que parecen prácticamente incrustados en el abismo de la pendiente escarpada» (Ruiz Estrada, 2005).

El primero de los tres es el más grande y sobre su cabeza se encuentra otra cabeza mucho más pequeña, pero en el mismo estilo que la principal, de cuya frente salen dos palitos que quizás soportaban otro detalle. El segundo sarcófago parece una copia del primero (fig. 25), pero no lleva la otra cabeza pequeña encima, quizá por falta del espacio. En el caso de que se trate

A través de los objetos encontrados dentro de estas casas, se interpreta que eran residencias colectivas destinadas a los difuntos de prestigio y de poder. Por otra parte, los arqueólogos franceses Henry y Paule Reichlen estiman que la construcción de este *Village des Morts* fue realizada en el siglo XIV (1950: 228).

El complejo arqueológico de Sholón

Otros sarcófagos y mausoleos se encuentran ocultos entre la vegetación selvática; tal es el caso del complejo arqueológico de Sholón, en el distrito Colcamar, que se encuentra a una altura de 2304 m. Este lugar presenta un acceso muy difícil por varias razones: por encontrarse en una zona apartada que tiene muy pocos visitantes; porque el sendero que lleva al emplazamiento histórico se encuentra enteramente cubierto por la vegetación, siendo necesaria su limpieza con la ayuda de un machete; por las lluvias, y por estar abandonado, lo que determina que no existan caminos alrededor de las ruinas, siendo necesario para su acceso el

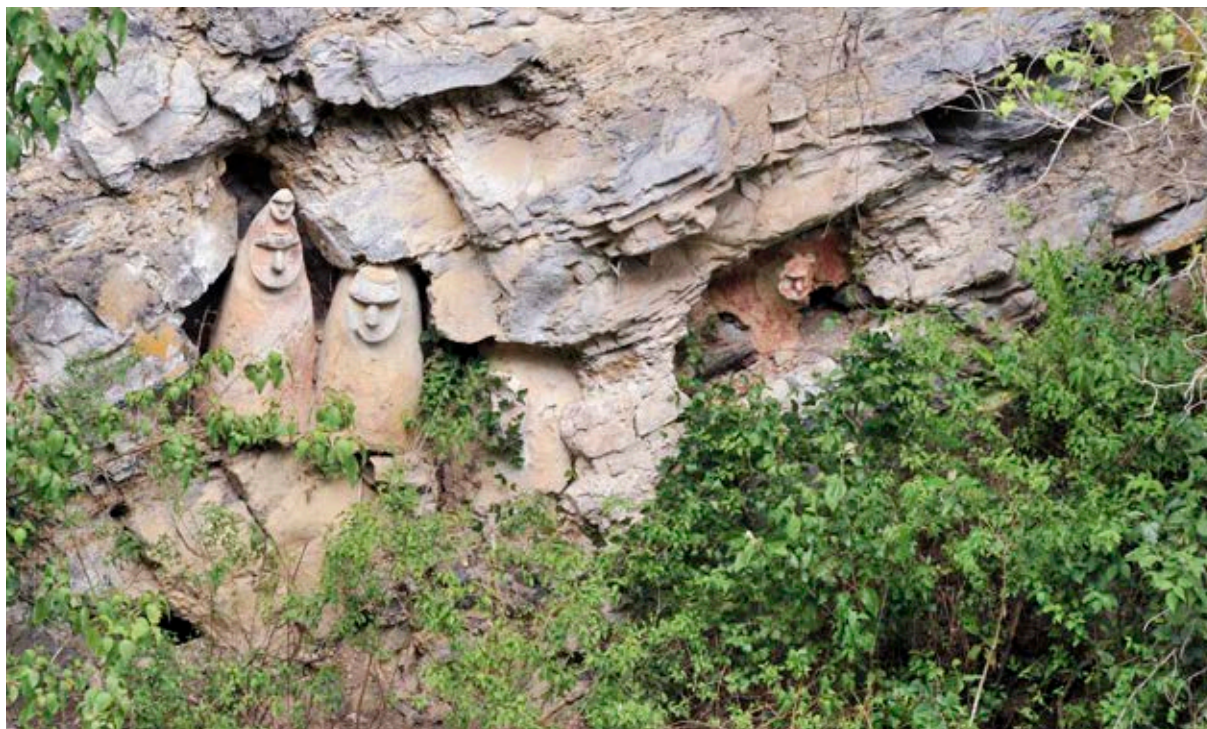


Figura 24. Tres sarcófagos están ubicados en el mismo nivel, dos juntos y uno separado. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.

de su sitio original, los dos fueron adaptados perfectamente al espacio disponible, y por estar tan juntos, quizás tengamos delante de nosotros una pareja. Llama la atención tanto su nariz prominente como que a los dos les faltan la boca y los ojos, y se aprecian también restos de pintura roja en cuerpo, cabeza y cara. El sarcófago que se encuentra al lado derecho de la pareja tiene otra forma y mucha más pintura. Parece corresponderse más con una tumba, pues se trata de un nicho realizado en la roca que fue tapado con barro, y en medio de esta pared artificial fue puesta una cabeza del mismo material que la pared, pintada de rojo y con una nariz sobresaliente. Aparte de la nariz, el color acentúa la cara.



Figura 25. El segundo sarcófago parece una copia del primero. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.

Estos tres sarcófagos pueden ser vistos desde el monte donde se encuentra el conjunto arquitectónico. Es decir, para llegar a las ruinas hay muy poco recorrido, pero como no existe camino, se tienen que excavar escaleras artificiales en la tierra con la ayuda de un machete. Raíces aéreas y ramas ayudan también a subir, ya que la mayor parte de este emplazamiento está cubierto por la vegetación. Son visibles también algunas edificaciones de planta circular, que se suceden de forma escalonada, y los materiales con que están construidas son piedras y lajas de pizarra entretejidas con la roca natural (fig. 26). En las paredes se ven nichos elaborados para los muertos y en uno todavía hay restos de huesos humanos y de tejidos de algodón (fig. 27). Este nicho



Figura 26. Los materiales de la construcción son piedras y tajas de pizarra que fueron entretejidas con la roca natural. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 27. En las paredes se aprecian nichos elaborados para los muertos. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.

conserva parcialmente todavía la cubierta «hecha de piedras relucidas con barro sobre la cual aparece una protuberancia de arcilla que quizá formaba la falsa cabeza proyectada al exterior. Conserva restos de pintura blanca...» (Ruiz Estrada, 2005).

Otros edificios llevan decoraciones en zigzag en el borde inferior, como se puede ver también en el conjunto arquitectónico de Kuelap, que se encuentra también en la región de los chachapoyas (figs. 28 y 29).

Según Ruiz Estrada, «el complejo de Sholón debió estar vigente entre los siglos x y xvi después de Cristo cuando el territorio de Amazonas se hallaba en todo su esplendor cultural y económico los grupos sociales preinca Luya Chillao, Chachapoya y Chillcho, a los que se los reconoce en forma genérica como los Chachapoya» (*ibíd.*).

En Sholón se encuentran dos formas de enterramiento, en sarcófagos y en nichos, y lo llamativo es que los primeros miran hacia el sur y los segundos hacia el norte. Lo que también llama la atención es que los sarcófagos se encuentran en frente del conjunto arquitectónico, como mirando y protegiendo. Las características de su ubicación –lugar aislado, escondido, casi inaccesible, al borde de un precipicio– podría tener diferentes razones: ser un lugar reservado quizás de carácter sagrado, lo que apoya Ruiz Estrada (2005); haber sido una zona de refugio o servir para ambas necesidades.



Figura 28. Otros edificios llevan decoraciones en zigzag como borde en la parte de abajo. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.



Figura 29. Esta decoración se puede encontrar también en el conjunto arquitectónico de Kuelap. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.

En cuanto a los sarcófagos, podemos leer en Koschmieder que:

«Hasta hoy en día los sarcófagos antropomorfos fueron interpretados como formas de sepultamiento para la élite chachapoya, como los guerreros y curacas, pero esto es cierto solamente para los ejemplares grandes [...] los que llevan una cara de

miniatura en la cima de su cara-máscara, la cual representa una cabeza-trofeo, mientras que la gran mayoría son simples figuras, levantadas de piedras y barro. Contienen los restos mortales de hombres, mujeres, niños y hasta animales. La forma de enterrar a las personas en sarcófagos ha sido un patrón funerario común para los grupos chachapoya [...]

Se encuentran en grupos de 5 a 50 ejemplares encima de una plataforma natural o artificial. [...] En algunos casos muestran varias fases de construcción o remodelación, un indicio de que fueron visitados y ampliados periódicamente, A veces en la parte delantera se observan enlucidos pintados o un friso en forma de zigzag.

En cuanto al contenido de estas figuras, se sabe que «no todos contienen entierros primarios En el interior de algunos ejemplares se identificaron pequeños fardos con los huesos largos amarrados, un indicio de que los individuos fueron exhumados y reenterrados. En algunos casos [...] contienen pequeños ceramios y huesos trabajados» (2012: 58).

Y según Kauffmann Doig, este tipo de sarcófagos de apariencia humana «y que en ciertos casos evocaban un falo, sólo estuvo en uso en el Perú Antiguo entre los chachapoyas. No era una forma de sepultura generalizada, puesto que se presenta sólo en algunos sectores del territorio de los Chachapoyas, particularmente en áreas situadas en la margen izquierda del río Utcubamba» (2003: 216). «En todo caso el patrón representado por los sarcófagos resulta ser prehispánico, anterior a los esfuerzos incaicos por incorporar a los chachapoyas, lo que se estima tuvo lugar alrededor del año 1470» (*ibíd.*: 217).

IV. Diferencias y similitudes de los sarcófagos

Carajía

1. Se trata de los sarcófagos más altos de la región.
2. Llevan las cabezas por encima del cuerpo.
3. Sus caras tienen bien grabados los ojos, los orificios nasales y las bocas.
4. Cada uno de ellos tiene una nariz prominente.
5. Cada estatua lleva otra decoración en pintura.
6. Cada uno de los seis sarcófagos tiene una pintura similar alrededor del cuello.
7. Por encima de las cabezas tienen algo como un casco o un gorro.
8. Dos están coronados con una calavera.
9. Miran hacia el este.
10. Se encuentran en un lugar inaccesible dentro de la roca.

Ayachaqui

1. Son miniaturas en comparación con Carajía.
2. Algunas de las cabezas están puestas en la cima del cuerpo, otras salen del mismo recipiente y otras se encuentran a la altura del pecho.
3. Bocas y ojos marcados.
4. Nariz prominente.
5. Algunos llevan pintura o una decoración de líneas.
6. Algunos llevan un tipo de gorro.
7. Miran hacia el oeste.
8. Lugar inaccesible.

Léngata

1. Miniaturas.
2. Sus cabezas se encuentran por encima del recipiente o a la altura del pecho.
3. Ojos y bocas marcadas.
4. Nariz prominente.
5. Llevan pintura por encima del cuerpo y de las cabezas.
6. Cada cabeza lleva un gorro que termina en punta.
7. Miran hacia la salida del sol.
8. Lugar inaccesible.

Pueblo de los Muertos

1. Miniaturas.
2. Las cabezas se encuentran por encima del cuerpo.
3. Agujeros que marcan los ojos, las bocas y los orificios nasales.
4. Nariz prominente.
5. Algunas estatuas llevan pintura.
6. Llevan un gorro.
7. Miran más hacia el sur que al este; se puede decir que hacia el sureste.
8. Lugar inaccesible.

Sholón

1. Tienen diferentes tamaños, pero son menos grandes que los de Carajía.
2. Dos llevan la cabeza por encima del cuerpo. Uno a la altura del pecho.
3. No hay ojos, bocas ni orificios nasales.
4. Nariz prominente.
5. Llevan pintura.
6. Llevan un gorro.
7. Uno tiene una pequeña cabeza por encima de la cabeza grande.
8. Miran hacia el sur.
9. Lugar inaccesible.

V. Conclusiones

Podemos concluir que lo que es común a todos los sarcófagos es que están formados por un cuerpo y una cabeza, en forma de figura humana, con una nariz prominente y que la mayoría lleva pintura y gorras, así como que se encuentran en lugares inaccesibles o casi inaccesibles. Esto en general significa que los cinco lugares tenían un prototipo y un concepto en común, pudiéndose apreciar que la variación se encuentra en el sitio donde se ubican las cabezas; en las caras, que aunque presentan un mismo esquema, no son uniformes ya que cada una se diferencia de la otra, así como en el tamaño y en los diferentes tipos de pintura y colores usados. Estas variaciones surgieron de los diferentes grupos que habitaban estas zonas, es decir, cada grupo desarrolló y aplicó su estilo propio.

Lo que llama la atención es que todas las caras tienen una nariz prominente, pero algunas no tienen ojos, ni bocas, ni orificios nasales marcados, mientras que otras sí. Y como la historia nos enseña que *siempre se empieza con menos y con el tiempo se agrega*, ¿significa esto

que los que no tienen ojos, ni bocas, ni orificios nasales eran anteriores a los más elaborados? Si aplicamos esta teoría significaría que Sholón presenta los primeros modelos de sarcófagos y Carajía los de su máximo esplendor cultural, lo que quedaría confirmado por el análisis de radiocarbono que dio como datación el año 1460 d. C.

En el Pueblo de los Muertos encontramos diferentes épocas en la elaboración de los sarcófagos. Unos son muy simples y otros mucho más elaborados, lo que indica un desarrollo en su ejecución, es decir, que la población utilizó esta zona durante un largo periodo de tiempo como lugar de enterramiento.

En cuanto a los sarcófagos con «las cabezas en miniatura y las calaveras» por encima de las cabezas principales, hay que manifestar que es obvio que se trata de un enterramiento de personas importantes, lo que confirman las frases de Koschmieder (2012: 58), «... los que llevan una cara de miniatura en la cima de su cara-máscara, la cual representa una cabeza trofeo mientras que la gran mayoría son simples figuras...». Por otra parte, según Ruiz Estrada (2005), la cabeza pequeña (Sholón) tiene la misma connotación que el cráneo (Carajía).

Respecto al «concepto» que tienen los chachapoyas en cuanto al «enterramiento», llaman la atención diferentes aspectos. En primer lugar que los sarcófagos, grandes y pequeños de forma humana, y los mausoleos contienen tanto entierros primarios –momias– como pequeños fardos con huesos (véase Koschmieder, 2012: 58) y ofrendas. En segundo lugar que están colocados en lugares inaccesibles (en lo alto de las rocas) por encima de plataformas o en grutas, tanto artificiales como naturales, incrustadas en los abismos pero accesibles a la vista, sin obstáculos. Es por ello que nos damos cuenta de que no se puede hablar de un enterramiento en el sentido estricto, sino de un «depositar» los restos mortales a cierta altura, pues su colocación estaba orientada hacia las alturas debido a determinadas razones y, aunque la protección contra animales salvajes y otros intrusos desempeñaba seguramente un rol, esto probablemente era secundario. Porque esta forma de «enterramiento» se encuentra en un territorio bastante extendido, es decir, esta forma pertenecía al estilo cultural de los diferentes grupos que vivían en estas regiones, lo que significaba que se trataba de un bien común, que todos respetaban y nadie violaba.

Hay que tener en cuenta que aunque los lugares eran inaccesibles, los restos mortales quedaban visibles para todos, lo que lleva a la conclusión de que, por un lado, «la vista» interpretaba un rol importante en este concepto, tanto para los cuerpos depositados como para los vivos. «Se veían», los vivos a los muertos y los muertos a los vivos. En la cultura de los chachapoyas, «la muerte» estaba integrada en la vida. Es decir, los muertos seguían participando en la vida terrenal y los vivos seguían viviendo con los muertos. Así, se seguía manteniendo el recuerdo de los fallecidos. Al muerto no se le abandonaba irrevocablemente, sino que se guardaba un contacto con él. Se trata de un sostenimiento de la apariencia de vida, se exponen como vivos a través de los sarcófagos, es decir, los sarcófagos lo hacen posible. En la cultura de los chachapoyas, el culto a los muertos era conmemorativo permanente y, por otro lado, debe de tener algo que ver con el viaje del alma del difunto, un viaje directo, sin obstáculos, por encima de las montañas, hacia el más allá.

Como depósito de los fallecidos tenemos el sarcófago y el mausoleo. El último es anónimo, es un tipo de osario, y es, sobre todo, colectivo. El sarcófago no es anónimo, sino una comprobación de la identidad. Los restos mortales, colocados en el sarcófago, quedan como «cuerpos», y llegan a ser un monumento al aire libre. Respecto a los sarcófagos pequeños y en grupo, Koschmieder manifiesta que «se encuentran en grupos de 5 a 50 ejemplares» (2012: 58), y Kauffmann Doig dice que «están colocados hasta diez unidades en fila, unos junto a otros. [...] o se les apiñaba por docenas, aunque separados unos de otros y sin formar una fila» (2003: 213).

Eso da la impresión de que los sarcófagos en gran número, agrupados quizás, representaban una comunidad o pequeña población.

En cuanto a los sarcófagos, destacan dos tamaños: los grandes (Carajía, Sholón) y los pequeños (Ayachaqui, Léngate, Pueblo de los Muertos). Los grandes se construyeron para personas con gran poder y prestigio, y los pequeños posiblemente para personajes no tan destacados, menos significativos. Ya con la altura se expresa su importancia en la sociedad, la cual no había terminado con su muerte. Seguían sirviendo como modelos, de ídolos, pero también como protectores, guardianes, con sus atributos de poder en forma de calavera o de otra cabeza en miniatura por encima de la cabeza principal. El sarcófago rememoraba visiblemente a sus beneméritos, y expresaba más, ya que estos grandes sarcófagos albergaban cada uno una momia en cuclillas. Así el embalsamamiento tiene el objetivo de la conservación, unido a la idea de no morir. Esta idea de una vida en el más allá existía en el resto de la población andina, como leemos en Garcilaso de la Vega: «No entendían que la otra vida era espiritual, sino corporal, como esta misma. Decían que el descanso del mundo alto era vivir una vida quieta, libre de trabajos y pesadumbres que en ésta se pasan» (1973, Libro II, C. VII). Es decir, una persona importante –en realidad– no moría, sino que seguía viviendo. Y este concepto era acentuado por el sarcófago antropomorfo: la inmortalidad visible de esas personalidades.

Este concepto de que el ser humano seguía viviendo tras su muerte lo vemos también en los sarcófagos pequeños. Y según la forma de vivir de los chachas, «en laderas y cumbres de los cerros» (Espinoza Soriano, 1967: 235), sus difuntos embalsamados fueron depositados también en las alturas de las montañas.

El embalsamamiento también está unido a la idea de que el cuerpo entero de las personas importantes entrara «sano y salvo» en el otro mundo. A través de los documentos inéditos de Escobar Soriano podemos leer un acontecimiento interesante relativo al inca Huayna Capac que fue envenenado por el *yana*-curaca Chuquimís. El sacerdote Colla Tópac persiguió al curaca para «condenar a muerte a él y a toda su generación. Pero el criminal, al recibir la noticia de tan cruel sentencia... murió de pura impresión» (Vizcarra, 1574, § 11, en: *Revista Histórica*, 1967: 246). «Colla Tópac ordenó que el cadáver momificado del Apo Chuquimís fuera exhumado... Y en efecto fue sacado de su urna funeraria hecha de arcilla con figura humana, y que estaba colocada en una cueva situada en unos altos peñascos. A ese cadáver, para deshonor y vilipendio lo mandó enterrar bajo tierra, como a cualquier hombre plebeyo» (*ibíd.*, § 39, en: *ibíd.*). A través de esta información, se confirma que las personas importantes recibieron este tratamiento, tanto el embalsamamiento como la colocación en urnas con figura humana, mientras que el plebeyo era enterrado bajo tierra.

Las «cabezas trofeos»

Respecto a los cráneos o cabezas pequeñas por encima de las cabezas principales de los sarcófagos, no hay muchas explicaciones. Unos hablan de trofeos u ofrendas.

Kauffmann Doig supone que «acaso correspondía a cráneos de personas sacrificadas al morir los personajes y que debían acompañarlos en el más allá, costumbre generalizada en el antiguo Perú» (2003: 210), y nos manifiesta que alrededor del grupo de sarcófagos de Carajía, existen otros grupos. En una cabeza-máscara había «un detalle interesante, aunque no único. En la parte frontal del bonete se reproduce una segunda cabeza-máscara, diminuta y pintada» (2003: 228). A través de las fotografías de la monografía de los arqueólogos Reichlen (1950) vemos en la plancha X, con las letras «a» y «c», un sarcófago cuya cabeza principal lleva una cabeza pequeña modelada por encima de su gorro. «Il s'agit d'une petite tête grossièrement

sculptée» (1950: 235). «C'est vraisemblablement, la reproduction d'un ornement de tête particulier –peut-être réservé aux chefs–» (*ibíd.*).

Así, tenemos tres tipos diferentes de «cabezas» que coronan algunas de las cabezas principales de los sarcófagos: cabeza momificada de personas (Carajía), cabeza en miniatura modelada (Sholón), y cabeza-máscara, diminuta y pintada en la parte frontal del bonete (en los alrededores de Carajía). Estos tres tipos han tenido, sin duda, la misma función, pero se nos plantean algunas preguntas: ¿cuál fue la primera, la pintada, la modelada o la momificada?, ¿o dependía del grado de la importancia de la persona? ¿La pintada significaba un rango más simple?, ¿la modelada un rango más alto? Y la momificada, ¿pertenece a la jerarquía más alta?, o ni lo uno ni lo otro, ¿se trataba solamente de un determinado modelo según la región?, ¿o era solamente una cuestión del tiempo?, ¿que unos se tomaban más tiempo en la elaboración de un sarcófago que otros? Pintar es lo más rápido, modelar lleva más tiempo, y el embalsamamiento de una cabeza, pensando también en el ritual de sacrificar a la persona, cuya cabeza debe decorar al final la cabeza-máscara principal del sarcófago, lleva mucho más tiempo.

Si traemos a la memoria y aplicamos el lema «siempre se empieza con menos y con el tiempo se agrega», la cabeza pequeña pintada en la parte frontal del gorro sería el modelo inicial de estas «cabezas trofeos». Esto significa que en Carajía y sus alrededores tenemos diferentes fases de elaboración de cabezas trofeos en algunos sarcófagos, pero estas distintas confecciones en la misma región también se pueden atribuir a los diferentes grados de importancia de un difunto.

Desgraciadamente, no hay grandes investigaciones que abarquen todo el territorio chacha para saber en qué región se encuentran más sarcófagos con cabezas momificadas, modeladas o pintadas. La frase de Kauffmann Doig, «en una cabeza-máscara había un detalle interesante, aunque no único [...] una segunda cabeza-máscara, diminuta y pintada» (2003: 228), no ayuda mucho, pues «aunque no único» carece de más detalles o indicaciones de otros lugares para seguir con una investigación fructífera. El único detalle es que sabemos que por lo menos existe «una cabeza-máscara diminuta y pintada».

Según Espinosa Soriano, «la documentación nos demuestra que los chachas fueron un agregado humano de ayllus entre los cuales reinó la paz y la independencia mutua, aunque culturalmente estaban unificados» (1967: 234). «Todos los chachas poseyeron una cultura uniforme y hablaron el mismo idioma» (*ibíd.*: 235). Esto significa que los grupos chachas tenían en sus pautas culturales cierta conformidad, la cual se reflejaba asimismo en la producción de los sarcófagos, y esto, por supuesto, con ciertas variaciones regionales. Pero para aclarar estas preguntas satisfactoriamente, hacen falta más investigaciones respecto a las regiones y a la datación de los sarcófagos.

En cuanto a la pregunta ¿qué significado tenía la cabeza por encima de la cabeza principal?, tampoco vamos a encontrar una respuesta clara, pero nos podemos acercar a una aclaración. Lo que sabemos es que las personas muy importantes conseguían urnas en forma humana y lo que vemos es que algunas de ellas llevaban por encima de su gorro cónico otra cabeza. Esto nos lleva a la conclusión de que no todos los personajes importantes llevaban una «cabeza trofeo». Mirando las estatuas, nos damos cuenta de que una «cabeza trofeo» era algo muy llamativo, una señal muy visible, un atributo muy destacado. Era una condecoración, un galardón, sin duda. Y podemos hablar de dos premios: 1) el sarcófago en forma humana, y 2) la cabeza trofeo. Ergo podemos decir que se trataba de una persona no solamente importante, sino extremadamente sobresaliente. Así tenemos las respuestas a las preguntas qué significado tenía la cabeza por encima de la cabeza principal y quién conseguía una «cabeza trofeo».

La explicación está en que la cabeza momificada como «cabeza trofeo» pertenecía también a una persona notable, ya fuera un cautivo importante, o del mismo linaje que el difunto, o alguien que tuviera la obligación de acompañar al fallecido en su camino hacia el más allá de cualquier forma, alguien lo suficientemente digno como para tener el honor de acompañar al muerto al otro mundo.

Según estas reflexiones, nos damos cuenta de que sólo en Carajía tropezamos con ocho personajes extremadamente sobresalientes. Lo que encontramos en otros lugares dispersos y sólo a veces (cabezas pintadas o modeladas por encima del gorro), lo encontramos en Carajía de un solo golpe: en fila, codo con codo, seis personas a la vez con dos premios hasta hoy conservados: su urna en forma humana y por encima de su gorro una cabeza momificada. Pero no olvidemos que hasta el año 1928 hubo ocho sarcófagos, es decir, allí se unió un grupo de personalidades altamente insignes, lo que nos lleva a las siguientes preguntas: ¿por qué justo ocho personas dignas para este lugar? ¿Eran de la región de Carajía o de toda la región chacha y fueron reunidas como representantes de la región de Chachapoyas en general? Igualmente nos preguntamos: ¿murieron todas al mismo tiempo? ¿o se trataba de una «colección» de personalidades reunidas a través del tiempo, y que en un momento dado fueron depositadas juntas en este sitio de Carajía? Respecto al estilo de las urnas, parece que fueron construidas al mismo tiempo, lo que nos lleva a preguntarnos si esto significa que los cadáveres momificados son del mismo tiempo o periodo que los sarcófagos. Es difícil imaginarse que se hubieran muerto a la vez ocho personajes extremadamente sobresalientes de la región de Carajía.

Según el análisis de un trozo de la madera de uno de los sarcófagos. Éstos se remontan al «1460+» (Kauffmann Doig, 2003: 217), y sabemos a través de ciertas crónicas que hacia 1470 la independencia política de los chachapoyas quedó afectada por la conquista incaica comandada por Túpac Yupanqui, décimo Inca del Perú. A través de los documentos inéditos de Vizcarra (1574), publicados por Espinoza Soriano, «se debe a Túpac Inca la conquista y anexión de los chachas al Imperio del Cuzco...» (Vizcarra, 1574, § 3, en: Espinosa Soriano, 1967: 237) y a través de estos mismos documentos inéditos nos enteramos también de que los chachas tenían curacas regionales muy poderosos y que existía una nobleza local (véase Vizcarra, 1574, § 2, 3, 6, en: *ibid.*: 240). Los cronistas describen que los chachapoyas eran conocidos por su feroz resistencia hacia los incas. Cieza de León nos informa de «que los indios Chachapoyanos defendieron su libertad [...] y sossiego pelearon de tal manera, que se dize poder tanto que el Inga huyó feamente» (Parte I, 1995: 229). Tal vez en este enfrentamiento murieron también los ocho personajes altamente sobresalientes, y por eso los chachas erigieron estos monumentos gigantes para no olvidar este enfrentamiento sangriento y la pérdida de estas ocho personalidades.

Teniendo presente la frase de Kauffmann Doig: «los sarcófagos, los más elaborados, y de mayor tamaño de todos cuantos se conocen, son los de Carajía» (2003: 221), y lo extraordinario de que cada figura llevara una cabeza momificada, nos lleva a la conclusión de que Carajía era un sitio especial, quizás un lugar sagrado. Y por eso colocaron estos sarcófagos muy llamativos allá, con ocho personalidades sobresalientes quizás traídas de diferentes regiones de los chacha.

¿Ocho o diez sarcófagos en Carajía?

Se dice que hasta 1928 hubo ocho sarcófagos. Según las fotografías que incluye Kauffmann Doig en su libro *Los Chachapoyas* (2003) vemos que en el tiempo de su investigación, 1985, se encontró un sarcófago dañado en el lado derecho del grupo, donde había anteriormente otro. Pero al lado del primero y entre el tercero y cuarto vemos huecos (fig. 30). Según el espacio parece que había dos más, es decir, diez.



Figura 30. El espacio entre los sarcófagos de Carajía. Fotografía: © Ángela Brachetti-Tschohl.

Jamás encontraremos una respuesta a algunas de las preguntas, pero a otras sí, cuando haya más investigaciones de toda la zona de los chachapoyas de la época preinca.

La vista hacia...

Lo que llama la atención es que la vista de los sarcófagos y mausoleos está dirigida a diferentes puntos cardinales, es decir, no es uniforme, sino que varía. En Carajía, Lengate, San Antonio y el Pueblo de los Muertos, los sarcófagos tienen la mirada orientada hacia el este; en Ayachachi la mirada está orientada hacia el oeste; en Revash, la mirada de los mausoleos está orientada más hacia el sur que al este, y finalmente, en Sholón los sarcófagos miran al sur y los mausoleos al norte. Es decir, de los siete lugares funerarios, cuatro tienen la mirada orientada hacia el este, dos al sur, una al oeste y otra al norte.

En Perú, las chullpas o torres funerarias, realizadas tanto en barro como en piedra, tuvieron sus puertas orientadas al este, aunque existen algunas chullpas con dos aberturas, una opuesta a la otra, así como chullpas con puertas orientadas a otros puntos cardinales, tanto al oeste como al sur y al sureste. Cieza de León nos dice que «La cosa más notable y de ver que ay en este Collao a mi ver es las sepulturas de los muertos. [...] Y paresciome que tenían las puertas estas sepulturas hazia la parte de leuante» (1995³, Primera Parte, C. c: 275). Describiendo el sitio de Tiaguanaco [Tiwanaco], Cieza de León menciona dos torres funerarias en las

cercanías de Tiwanaco que pertenecían a los señores locales: «Apartados destes edificios, están los aposentos de los Ingas, y la casa donde nació Mango Inga hijo de Guaynacapac. Y están junto a ellos dos sepulturas de los señores naturales deste pueblo, tan altas como torres anchas y esquinadas, las puertas al nascimiento del sol» (*ibíd.*: 284-5).

En la península de la laguna Umayo, a 34 km de Puno, se encuentra el sitio arqueológico de Sillustani, una zona con muchas torres funerarias, llamadas Chullpas, que pertenece a la cultura quolla (1200-1450 d. C.), y una de las principales características de estas construcciones funerarias es la existencia de una [pequeña] entrada, que siempre está dirigida hacia el este.

Finalmente, según los descubrimientos recientes, del 22 de noviembre de 2012, en el santuario de Machu Picchu se realizó el hallazgo de dos tumbas de la cultura inca, donde se menciona que «El primer individuo mira hacia el oriente..., el otro esqueleto está echado boca abajo, pero la cabeza siempre con dirección hacia la salida del sol» (<http://antiguaymedieval.blogspot.com.es>).

Así, podríamos decir, refiriéndonos a los lugares mencionados de la región de los chachapoyas, que la mayoría tienen la vista hacia la salida del sol, aunque también en esta zona hay excepciones, pero desconocemos la razón.

VI. Bibliografía

- CALANCHA, A. de la (1976): *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín [1638]*. Prador Pastor, Lima.
- CIEZA DE LEÓN, P. (1995): *Crónica del Perú*. 3 Tomos. Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial. Lima.
- ESPINOZA SORIANO, W. (1967): «Los señoríos étnicos de Chachapoyas y la alianza hispano-chacha. Visitas, informaciones y memoriales inéditos de 1572-1574», *Revista Histórica*, tomo XXX, pp. 224-333. Lima.
- GUAMAN POMA DE AYALA, F. (1980): *El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno*. Siglo Veintiuno, México.
- KAUFFMANN DOIG, F. (1983): *Manual de Arqueología Peruana*. Ediciones Peisa. Lima.
— (2002): «La Cultura Chachapoyas». En *Historia y Arte del Antiguo Perú*, vol. 4, cap. VIII. Ediciones Peisa.
— (2003): *Los Chachapoya(s) - Moradores Ancestrales de los Andes Amazónicos Peruanos*. UAP Universidad Alas Peruanas, Lima.
- KOSCHMIEDER, K. (2012): *Jucusbamba. Investigaciones arqueológicas y motivos chachapoya en el norte de la provincia de Luya. Departamento Amazonas. Perú*. Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa. Lima, Perú.
- LANGLOIS, L. (1939): *Utcubamba*. Imprenta del Museo Nacional, Lima.
- REICHLIN, H., y REICHLIN, P. (1950): «Recherches Arqueologiques dans les Andes de Haut Utcubamba», *Journal de la Société des Americanistes*, 39, pp. 219-246. París.
- RUIZ ESTRADA, A. (2005): «Sholón. Un complejo arqueológico en Colcamar, Amazonas», *Unay Runa/Revista Ciencias Sociales*, pp. 1-8. Lima.
- SARMIENTO DE GAMBOA, P. (2001): *Historia de los Incas*. Miraguano S. A. Madrid. España.
- STEWART, J. H. (ed.) (1947): *Handbook of South American Indians*. Vol. 2. The Andean Civilizations. Washington.

- TSCHUDI, J. D. von (1853): *Die Kechua – Sprache*. Aus der kaiserlich- königlichen Hof- und Staatsdruckerei. Wien.
- VALERA, B. (1879): *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú*. Marcos Jiménez de la Espada (ed.), Madrid.
- VEGA, Inca Garcilaso de la (1973): *Comentarios Reales de los Incas*. Tomo III. Biblioteca Peruana. Lima: Ediciones Peisa.
- VIZCARRA, Diego de (1574): «[Información sobre los curacazgos de Leimebamba y Cochabamba, por don..., corregidor de Cajamarquilla]», incluido en el expediente:... 1572-1582; ff. 112r-133v. (Vid. Doc. n.º 9), ESPINOZA SORIANO, W. (1967): «Los señoríos étnicos de Chachapoyas y la alianza hispano-chacha. Visitas, informaciones y memoriales inéditos de 1572-1574», *Revista Histórica*, Tomo XXX, pp. 224-333. Lima.